

E. PARIOTTI, *Individuo, comunita, diritti tra liberalismo, comunitarismo ed ermeneutica*, G. Giappichelli Editore, Turín 1997.

Nos encontramos ante el primero de los libros de una autora que promete. Se trata de una obra valiente, tanto en sus propósitos como en sus conclusiones, que busca ahondar en los problemas fundamentales de la filosofía política actual y lo hace a la luz de autores consagrados. Sigue la falsilla que le proporciona el pensamiento de Charles Taylor, pero en diálogo con otros autores sobresalientes del debate liberalismo-comunitarismo, a los que demuestra conocer bien: Rawls, Dworkin, MacIntyre, Sandel o Walzer. Y no sólo a ellos, sino también a la literatura secundaria sobre ese debate, que llega a ser casi abrumadora. El contenido de las notas a pie de página y el modo en que las distintas aportaciones se insertan en el texto, confirman que no se trata de mera retórica, sino que la lectura se ha hecho en profundidad. Por último, no se apoya solamente en contemporáneos sino que conoce bien a los clásicos, como se ve en la comparación entre contractualismo clásico y moderno o en las referencias a Tocqueville. Sólo se echa de menos, y lo diré aunque se trata de un asunto menor, que en algunos casos, a la noticia de los libros acompañe la edición de que se trate, así como el nombre del traductor.

Es fácil percibir la formación filosófica de la autora a través de un tratamiento de los problemas que, lejos de ser meramente descriptivo, entra de lleno en su dimensión más profunda. Precisamente, su tesis, siguiendo a Taylor, es que se trata de problemas filosóficos y no políticos, o mejor, ambas realidades son indisociables. No se limita a exponer las tesis de los distintos autores, sino que lo hace de modo que queda patente el punto en el que surge el debate. Por otra parte, su exposición resulta extremadamente clara y precisa.

La estructura del libro es clara. Consta de dos partes bien diferenciadas en la primera de las cuales se pone orden en el panorama del debate liberalismo-comunitarismo y específicamente en la que es quizá su noción más compleja, esto es, la de comunidad. En la segunda parte la cuestión es la problemática que el multiculturalismo ha generado en relación con los derechos: la contraposición entre diferencia y universalidad y, ya de un modo más técnico, la repercusión constitucional de ese reconocimiento de lo diferente.

En opinión de la autora la crisis del modelo de organización político jurídica del Estado-nación se debe conjuntamente al cuestionamiento de la soberanía estatal y a la proliferación en el interior de los Estados de lealtades e identidades. Es una nueva versión del problema de la comunicación entre las esferas pública y privada que parte de una separación entre el Estado, visto como el

espacio de la ley, y los mundos vitales como esferas de la identidad socio-cultural. Al mismo tiempo se produce un problema de erosión de la noción de derechos como consecuencia de su multiplicación por especificación.

Muchos de los problemas interculturales tienen origen en la inmigración, pero no se trata de un problema meramente político o circunstancial. En este punto la autora justifica el recurso a Taylor porque, no sólo aborda el debate liberalismo-comunitarismo, sino que lo hace desde una perspectiva hermenéutica, punto de partida que es el adoptado también por ella misma. Taylor busca interpretar las claves fundamentales de la modernidad a partir de la tesis de que el lenguaje es un conjunto de signos establecidos convencionalmente para individuar un mundo de referentes extralingüísticos, externos al proceso comunicativo.

El análisis del debate entre el liberalismo y el comunitarismo presenta como primer gran problema el de la multiplicidad de corrientes que pueden acogerse a ambos términos. Como observa Hart, desde los años setenta, el principio de maximización de la utilidad se ha sustituido por el de respeto a los derechos individuales por entender aquél como discriminatorio y lesivo de los intereses, bien individuales, bien de las minorías. Así, la discusión que sigue a la publicación por Rawls de la *Teoría de la Justicia* es un debate entre utilitaristas y no utilitaristas. Pero si eso fue lo peculiar de la década de los setenta, en los ochenta el debate cambia de signo con la publicación de *Tras la Virtud* y de la obra de Sandel, porque ahora la discusión no es interna al paradigma de la elección racional sino que se critican la plausibilidad de los principios fundamentales del liberalismo e incluso su carácter de deseables. En este punto, la contribución de Pariotti en la clarificación de la discusión es importante.

En términos generales el comunitarismo puede definirse como una corriente de la filosofía moral y política que asigna valor prioritario a la comunidad en la definición del yo, en la justificación de los valores y en la propuesta de un orden político conforme con el desarrollo armónico del singular. Pariotti incluye en este grupo a MacIntyre, Sandel, Selnizky y Taylor. Excluye, en cambio a Unger y Walzer porque, si bien hacen una crítica del liberalismo, no comparten con los autores anteriores su visión negativa de la anomia que aqueja a la sociedad liberal.

Dentro del liberalismo pueden distinguirse a su vez dos líneas fundamentales. Una primera se articula en torno a una propuesta de pluralismo como *modus vivendi* que es consecuencia de la imposibilidad de un acuerdo racional en torno a la idea de bien. Para la segunda línea, en cambio, la sociedad liberal se presenta como deseable porque lo son los valores que tutela: libertad, autonomía individual y tolerancia. Con otras palabras, la cuestión es si el libera-

lismo es un medio para conseguir algo (versiones procedimentalistas) o más bien constituye un valor en sí mismo (versiones sustantivas).

La crítica del neocomunitarismo al liberalismo puede reconducirse a tres niveles: el nivel epistemológico, en el que la cuestión fundamental es la relación entre sujeto y contexto por una parte y entre el sujeto y sus propios fines por otra, el nivel ético y por último, el nivel político-jurídico. Representantes de esa crítica pueden ser MacIntyre o Sandel y objeto suyo Rawls y su intento de construir un individuo desvinculado del contexto. En este punto es verdaderamente interesante el análisis de la autora acerca de la relación entre los contractualismos históricos y los neocontractualismos. Si bien es verdad que la noción de posición originaria rawlsiana equivale a la de estado de naturaleza, sin embargo, hay una diferencia clara: la visión clásica recurre al artificio del contrato social para fundar y justificar la obligación política, mientras que el neocontractualismo busca definir las condiciones para la convivencia en una sociedad democrática y pluralista. Mientras los primeros abordan el problema de entrar a formar parte (y someterse) a una comunidad política, Rawls se enfrenta con el de la aceptación de determinados principios morales. No es un problema político sino moral, aunque él lo aborde en términos políticos. Si se quiere, trata de convertir un problema moral en político: reducir el ámbito de lo público buscando reducir también el ámbito de desacuerdo posible.

En el contexto del debate entre Sandel y Rawls, la cuestión del contrato social puede justificarse a partir de un principio de autonomía (se asume voluntariamente el contrato social) o desde un principio de reciprocidad (resulta beneficioso para todos). La crítica de Sandel comienza en este punto: una buena teoría de la justicia debe partir de un presupuesto del ser y de la comunidad opuestos a los de Rawls. Conseguir una sociedad bien ordenada (que es la ambición de Rawls) precisa en realidad aceptar una noción de comunidad como constitutiva. Esta discusión conduce directamente a uno de los temas en que con mayor frecuencia se resume el debate: el problema de establecer la prioridad entre lo justo y el bien. Autores como Kymlicka han negado (a pesar del acuerdo general) que ésta sea una tesis liberal pero esto no le plantea dudas a la autora.

• Al llegar a este punto nos damos cuenta de que toda la exposición anterior constituye el marco necesario para entender la aportación de Taylor, quien, a juicio de la autora, presenta algunas ventajas que merecen su elección como hilo conductor del trabajo. No sólo ofrece una sólida estructura filosófica, sino que además, la originalidad de sus tesis permite situar problemas actuales en un horizonte temporal más amplio. El gran reto del liberalismo es salir al paso de la llamada globalización entendida como imposición de un lenguaje universal.

Y el que a su juicio mejor lo hace es Taylor con una crítica a la modernidad que es filosófica y no política.

Por otra parte, Taylor presenta sobre otros autores comunitaristas, la ventaja de criticar el liberalismo desde bases modernas. No hacerlo así supondría reproducir en el neocomunitarismo las críticas del antiliberalismo del XVIII lo que le convertiría en una forma de conservadurismo. Desde ese punto de vista se confunde el individualismo liberal, como doctrina sobre la naturaleza humana, con el liberalismo político, como teoría que intenta tutelar las instituciones características del Estado de Derecho.

Lo que se está preguntando la autora es si el neocomunitarismo tiene un núcleo antidemocrático; si ser comunitarista significa oponerse a los parámetros políticos de la modernidad. Este es, a su juicio, el motivo por el que autores como MacIntyre son susceptibles de crítica. Por su visión drásticamente negativa de la ética moderna. Pero también porque no proporcionan una base que permita distinguir entre práctica y virtud ni si es posible o no salir de la propia tradición. En cambio, Taylor critica al liberalismo desde dentro y sigue la línea de la autenticidad. Para él, el error fundamental del atomismo, en todas sus formas, es no percibir que el individuo libre sólo puede desarrollarse plenamente dentro de un cierto tipo de civilización, y para ello ha sido necesario un largo desarrollo de las instituciones. Quiere evitar las soluciones interpretativas relativistas que no ofrecen instrumentos teóricos para la justificación de las instituciones democráticas o de los mismos derechos fundamentales. En ese sentido, puede decirse que, lo mismo que el neoaristotelismo americano, Taylor critica en la modernidad la pérdida de un horizonte valorativo común y la fractura entre la vida pública y la privada pero, a diferencia de quienes buscan la solución en el modelo clásico, él lo hace en la propia Modernidad. Partiendo de un pluralismo valorativo intenta establecer una conexión entre valor y procedimiento. Sale así al paso, tanto del fundacionalismo cuanto del pragmatismo, el relativismo o el escepticismo. La clave está en la autorrealización propia de la modernidad que sólo es posible en un contexto social, y no en cualquier contexto.

Para ello, Taylor realiza un estudio del atomismo en el que, tras analizar sus orígenes históricos (cartesianos), denuncia el error que supone atribuir un valor intrínseco a la libertad de elección que no dice nada acerca de los contenidos y para la cual el valor se encuentra en la elección misma.

La autora analiza la diferencia entre el comunitarismo de Taylor y el liberalismo de Rawls a la luz del problema de las concepciones morales individuales. Para Rawls no tienen ninguna trascendencia en la vida pública salvo aquellas que impliquen obligaciones con respecto a la sociedad. Desde esa

perspectiva, que un individuo sustituya sus convicciones morales por otras no tiene ningún tipo de repercusión. Desde esta perspectiva han de ser vistos los derechos, que han de ser entendidos en términos de libertad. Son reivindicaciones válidas de los ciudadanos en el contexto de sus propias instituciones y para promover su propia idea de bien que, a su vez, debe ser compatible con la concepción de lo justo que es, por definición, pública. Parte de una noción de individuo como "persona moral", un ser racional dotado de fines propios y de un sentido de justicia, en una visión netamente individualista. Precisamente en esa separación entre lo justo y el bien, dirá Pariotti, radica el problema ya que no se corresponde con la realidad porque el yo es único.

La crítica de Taylor es extremadamente interesante. La titularidad de un derecho no es una noción primaria sino que deriva de una serie de elecciones previas que guardan relación con el modo de entender el sujeto y el fin social. La tesis central es que sobre el individuo libre, que se afirma a sí mismo como tal, recae la obligación de completar, restablecer o sostener la sociedad dentro de la cual esa identidad se hace posible. De ahí una primacía de la noción de deber sobre la de derecho.

Si bien la primera diferencia entre Taylor y Rawls radica en la inseparabilidad de los ámbitos público y privado, también les separa su consideración acerca del peso que la diferencia debe tener en una sociedad. Por otra parte, aunque su tesis acerca de los hiperbienes no es del todo clara, en opinión de Pariotti, sí parece cierto que Taylor no aboga por un contenido ético objetivista sino más bien intersubjetivo, lo que en ningún momento se puede confundir con procedimental.

El modo en el que la autora sigue el debate reviste el interés de ir en sus conclusiones más allá que los mismos autores. Así por ejemplo, se pone en el lugar de Rawls dándole argumentos con los que, de acuerdo con su teoría, podría contestar a Taylor. Concretamente, en relación con su distinción entre neutralidad procedimental y neutralidad de fines, su teoría de la justicia no puede ser neutral en el primer sentido (hay una propuesta concreta) pero sí en el segundo (el Estado no debe patrocinar un fin específico).

Ciertamente, no todo el liberalismo se asienta sobre un individualismo acomunitario. Por el contrario, la tesis de Dworkin es precisamente la de un "liberalismo orientado a la comunidad". La diferencia entre éste y el comunitarismo ha de ser buscada en la noción de bien común, y aquí de nuevo la necesidad de distinguir entre lo público y lo común.

Los bienes comunes son aquellos que pertenecen a la colectividad en cuanto que tal y que, aunque no se puedan dividir entre los individuos, gozan también de protección institucional. El problema del bien común es el de si hay

bienes que lo son de la comunidad aunque no lo sean para los individuos. La explicación de Dworkin parece convincente: los derechos son centrales para la justificación de las instituciones. Aunque aquí es preciso establecer una diferencia entre el modo de abordar el asunto americano y el británico. Mientras la visión americana está basada habitualmente sobre los derechos individuales, la segunda tiene una percepción más bien fundada sobre un utilitarismo con un componente colectivista. En el ámbito británico es más difícil que cuaje un lenguaje sobre los derechos como se demuestra por el hecho de que no posean una declaración propia.

En este punto, Taylor hace una distinción entre bienes meramente convergentes, que no cambian su cualificación intrínseca por el hecho de ser perseguidos por individuos o por grupos; bienes mediatamente comunes, que es preferible perseguir colectivamente, pero que pueden ser gozados individualmente y bienes inmediatamente comunes, para los que es indispensable la cooperación de varios. Pues bien, algo puede ser objeto de convergencia si asume un mismo significado para muchas personas, mientras que es común cuando es reconocido por un conjunto de personas en cuanto que comunidad.

Mientras para Dworkin, la comunidad (lo común) tiene más que ver con un hacer, para Taylor en cambio, es una cuestión de filosofía del lenguaje (lo compartido). Y esta última afirmación conduce ya propiamente al ámbito hermenéutico. Ambito propio, por otra parte, del comunitarismo ya que éste trata fundamentalmente de contextos que hay que determinar: valores, prácticas, creencias... Para Taylor un sujeto humano plenamente competente no sólo tiene una comprensión de sí mismo sino que está parcialmente constituido por esa comprensión. Esto conduce a la noción de significado común que hace preciso recurrir a la filosofía del lenguaje. Taylor pone de manifiesto la conexión entre lenguaje y teoría política, que, de nuevo, constituyen realidades indisolubles. Frente a una concepción instrumentalista del lenguaje que propicia una interpretación universalista de los conceptos políticos y jurídicos, la concepción constitutiva de la que él parte, coherentemente, exige una interpretación contextualista del sujeto.

Taylor busca evitar las dificultades de la teoría iuspositivista, que, reduciendo el derecho a ley y asumiendo una concepción objetivista y estática de lo positivo, impide acceder a la dimensión más vital del fenómeno jurídico. Su proyecto hermenéutico parte de la unidad del dato antropológico y existencial que, a su vez, constituye el instrumento fundamental para encontrar un criterio de validez intercultural. Ahora bien, que adopte una perspectiva hermenéutica no debe conducir a pensar que Taylor predique un contextualismo en el ámbito moral. Su propuesta más conocida hace referencia, como es sabido, a la dife-

rencia y al reconocimiento, consecuencia de que las diversas culturas son incommensurables por lo que no pueden establecerse juicios de inferioridad o superioridad. Frente al universalismo de la tradición liberal, su propuesta es una urgente recuperación de la diferencia, o mejor, la diversidad, que sólo en apariencia contrasta con la sensibilidad moderna. Pero al mismo tiempo, asumir la diversidad no puede conducir a absolutizarla. Es preciso encontrar bases que permitan teorizar y articular todos estos elementos. En este punto hace una interesante distinción entre minorías que lo son voluntariamente y las que lo son por fuerza.

Es preciso establecer criterios para determinar las culturas y para seleccionar de entre las existentes aquellas que merecen tutela. En lo que hace al multiculturalismo, al no ofrecer Taylor una definición precisa, Pariotti toma la definición de Gutmann: multiculturalismo es la condición de una sociedad en la que hay presentes muchas culturas diversas que interaccionan de un modo significativo. Nos interesa ver ese concepto en las fases que Walzer denomina de articulación y de negociación. La propuesta de Taylor es la adopción de una política de reconocimiento mutuo, que es la única vía para que la sociedad contemporánea eluda la barbarie de la contradicción radical. Resulta interesante que la alternativa no sea entre una cultura represiva y un paraíso multicultural sino entre cultura y barbarie (esto es, no todas las culturas lo son propiamente). Pero esto podría parecer contradictorio con el proceso de formación de la identidad personal. El tema de la interculturalidad no es sencillo; es preciso elaborar una terminología que permita la comparación y, por tanto, el diálogo.

Una de las principales propuestas de este libro es entender la comunidad, no como suma de individuos, sino como comunidad interpretativa, con todas las repercusiones que esto pueda tener en materia política y jurídica. En este punto, Pariotti se suma a Taylor quien, lejos de proponer simplemente una vía intermedia entre universalismo y contextualismo, pretende más bien establecer claves para el diálogo intercultural. Este último no constituye un *modus vivendi* al que los valores le resultan indiferentes ni un abstracto universalismo retórico, sino un punto de equilibrio aceptable desde el punto de vista de la igualdad de trato y del reconocimiento de la diferencia.

Por más que estos problemas hayan sido objeto de abundantes estudios, no puede decirse, en absoluto, que se trate de una materia agotada. El libro de la profesora Pariotti pone el dedo en la llaga de las cuestiones fundamentales y creo que contribuye a responderlas con seriedad y sin tópicos.

Caridad Velarde